

agriar, en cuanto pude, la indignacion de mi anciano padre. En efecto, le dije, ya me habian hablado de que trataba con un mozo despreciable é intrigante; pero creí que fuese una impostura, pues nunca hubiera pensado que mi hermana fuese capaz... ¡ Oh cielos! ¡ deshorrar la familia, causar tantos pesares á tan buen padre! ¡ Ah! decidios á no verla jamas. Contémosla ya por perdida, padre mio, por perdida para siempre.

Añadí otras mil exclamaciones, y disfruté el cruel placer de oír á mi padre maldecir á su hija, y jurar que la abandonaba enteramente. Mi hermana, al partir con su fingido amante, habia dejado sobre la mesa una carta para mi padre, y yo cuidé de que no la viese; en ella le hablaba de su amor á un jóven rico y bien nacido; de las persecuciones de un hermano bárbaro; y en fin, queria justificarse, en cierto modo, de su temerario arrojó; quemé esta carta como lo habia hecho con otras anteriores, y creí gozar en paz de mi perfidia. Estos sucesos causaron tal pesadumbre á mi padre, que enfermó peligrosamente; yo no me separé de su lado; é hice tanto, que desheredó á mi hermana, y me nombró por su único heredero.

Habia conseguido el objeto de mis maldades, mas no debia disfrutarlo largo tiempo; pronto veréis cómo el cielo disponia los sucesos para castigar el crimen, y dejar triunfante la inocencia oprimida; pero ántes de llegar á la venganza divina, que tanto habia merecido, debo retroceder á la calle del Sena, al momento del raptó de Cecilia, y seguir á esta crédula víctima del odio y ambicion del hermano mas perverso. Sin duda desearéis saber lo que sucedió con el falso Valvil y la supuesta tia; luego conoceréis sus desgracias, y el modo cruel con que quedó desengañada.

Era la média noche y volaban los fugitivos..... Aquí Palemon suplicó al carbonero que suspendiese su narracion, porque tenia que andar média legua para volver á su casa, y temia hallarse de noche en el bosque con su tierna familia. Mañana volveremos, le dijo, y continuaréis una historia que nos interesa infinitamente.

Convino el carbonero; Palemon volvió á la granja con sus hijos, y su conversacion recayó sobre los horribles crímenes del hombre que habian visto; el anciano tuvo cuidado de dirigir indirectamente algunas aplicaciones á Benito y á su hermana; estos bajaron los ojos, pero no tuvieron valor para abrazarse. Palemon quedó indignado de ello, y mucho mas de la obstinacion de Benito, que era el mas culpado, lo cual le decidió á castigarle severamente: en la tarde siguiente veremos cómo se manejó para ello.

## TARDE XVII

### LA RECONCILIACION

¡ Cuán dulce es el abrazar  
Á un pariente ó un amigo  
De quien el hado enemigo  
Nos procuró separar!  
¡ Cuán bello es el perdonar  
Á quien cruel nos persiguió!  
Si villanamente obró,  
Aprenderá su malicia  
Á desterrar la injustici  
Y amar á quien ofendió.

Adela pasó la mañana siguiente encerrada en su cuarto y sin ver á nadie, esperando que su padre le preguntase las causas de su enojo, pero Palemon permaneció silencioso, pues no queria chismes ni delaciones entre sus hijos. Por la tarde volvieron al bosque donde ya los esperaba el carbonero, quien continuó su historia de este modo:

#### Concluye la historia del carbonero.

Era média noche; hacia largo tiempo que el coche corria, y Cecilia turbada no habia aun examinado las personas que la acompañaban. No respondia á nada de cuanto le hablaban; tal era el

efecto de su inquietud, y acaso de su arrepentimiento. Su amiga, ménos culpable y mas resuelta, hacia el gasto de la conversacion, porque Laura (que así llamaba) gustaba de hablar mucho. Señora condesa, decia á la vieja, yo he seguido á mi amiga, y sentiria infinito que me separasen de ella; una vez que se case, me quedaré por camarera suya, y no la dejaré hasta la muerte.

La vieja accedia á todo, miéntras que el falso Valvil se ocupaba en distraer á Cecilia, hablándola de sus amores, jurándola una constancia eterna, y añadiendo: Cuando ya seamos esposos mi padre consentirá: ¿no es así, tia mia? ¿no convendrá en todo? — Sobrino mio, yo te aseguro que tu padre para mí es lo de ménos en este asunto. — Pero decidme algo por favor, Cecilia hermosa: oiga yo de vuestros labios siquiera una expresion que me asegure de vuestro amor, porque temo que mi temeridad haya excitado vuestro aborrecimiento.

Cecilia casi nada respondia: desde que entró en el coche empezaron á agitarla mil pensamientos funestos. Veia abrirse un abismo que sin duda la iba á sepultar, y se arrepentia de haber sido tan crédula: ademas observaba que el sobrino y la tia se hablaban al oído, y de cuando en cuando prorumpian en unos extremos de risa que no podian contener, lo cual excitaba mas y mas su inquietud; y á no ser porque Laura la animaba, se hubiera deshecho en lágrimas. En esta situacion pasaron toda la noche, y cuando amaneció ya estaban á diez leguas de Paris. Entónces Cecilia, contemplando las dos figuras que la acompañaban, empezó á temblar. Vió á un jóven de no mala fisonomia; pero que anunciaba en ella la ignorancia y groseria tan propias de su verdadero estado, y á su lado una vieja horribilísima, muy pintado el rostro; reparó que sus vestidos eran sucios, antiguos y muy ordinarios; á esto se agregaba su voz bronca y licenciosas palabras.

Hubiera querido Cecilia comunicar sus temores á Laura; pero no era fácil: esta mas ligera y de ménos discernimiento, no hizo reparo alguno en lo que tanto cuidado infundia á su compañera: por el contrario, lo aplaudia todo, é interiormente se lisonjaba de gozar en adelante una suerte feliz con personas de tan alta calidad. Cecilia perdió enteramente el uso de la voz, y solo exhalaba algunos profundos suspiros, levantando los ojos al cielo, como para preguntarle si la castigaba por haber faltado al respeto de su padre, al suyo mismo y á las obligaciones de su sexo.

Á la hora de desayunarse entraron en una posada, donde co-

menzó á descubrirse mas el carácter de los dos intrigantes. Nada quiso tomar Cecilia; pero la vieja golosa pidió vino, jamon y otras mil cosas. Entre tia y sobrino despacharon tres botellas de vino, y se bebieron una cantidad considerable de aguardiente: Laura solamente tomó chocolate.

Póngase cualquiera en lugar de Cecilia, y considere las reflexiones que haria. Animados entrambos malvados con la fortaleza de los licores, principiaron á tratar de sus palacios y posesiones, diciendo mil tonterias para suponerse gentes de clase y de fina educacion. Despues que concluyeron de beber, el supuesto Valvil salió, y la vieja se durmió profundamente. La desgraciada Cecilia aprovechó estos momentos para comunicar á Laura sus recelos, y le dijo: ¿Qué gentes son estas á las que nos hemos entregado? ¡santo Dios! ¿pueden darse personas mas groseras y despreciables? — Yo, amiga mia, hace poco que lo he reparado: y en efecto, su exterior, sus palabras y acciones se me hacen muy extrañas. — ¡Ay! ¡qué hemos hecho! ¡qué imprudencia la nuestra! ¿Es este aquel Valvil tan tierno y sensible que me escribia cartas tan llenas de amor y delicadeza? ¿Es este aquel amante tímido y sumiso que me encantó con la magia de su estilo? No es sino un hombre horroroso y detestable á quien aborrezco mortalmente, y con quien me sería la vida insoportable; y esta vieja loca, que se dice su tia, es una de las mujeres mas comunes y despreciables, bebe hasta el extremo de embriagarse, y jura, sin embargo de que he advertido que los dos parecia se querian contener por estar nosotras delante. No es posible, no: no puede ser que estas gentes sean bien nacidas. ¡Oh amiga mia! ¿seré víctima de alguna intriga secreta, ó de alguna traicion horrorosa? ¿habré sido causa de tu perdicion y la mia? Sí, un espantoso vacío se presenta á mi temerosa imaginacion; no hay duda; estoy amenazada de alguna grande desgracia, y estoy ya sumergida en ella á pesar mio... ¿qué digo? ¿á mi pesar? yo, Laura, yo tengo la culpa de todo. Me he entregado á un hombre á quien solo he visto una vez en medio de las tinieblas de la noche. ¿Quién me ha salido garante de su clase, riquezas y probidad? ¿Quién me ha dicho que no me abandonaba á un peligroso seductor? ¡Cecilia! ¡desventurada Cecilia! ¿que es lo que has hecho? ¿qué partido es el que te resta? ¿quién te protegerá? ¡oh Dios mio! ¡oh Dios misericordioso!

La infeliz ocultó su rostro entre las manos, que inundó con un torrente de lágrimas. En vano procuraba Laura consolarla; y ya

se decidia á una violenta resolucion, cuando vió entrar á su supuesto amante; pero ¡ en qué estado ! Valvil habia vuelto á beber con los mozos de caballos, y estaba casi embriagado : miró á Cecilia, y á médias palabras le dijo : ¿ Lloras, muchacha ? ¿ qué tienes ? vaya que no será nada : vamos, mi honradísima tia, ya es hora de volver al coche.

La tia no despertó hasta que sacudida violentamente por el fingido sobrino, se volvió hácia él diciéndole : ¿ Qué diablos quieres de mí, Picard ? — ¡ Picard ! exclamó Cecilia. Al momento la vieja advirtió la indiscrecion que acababa de cometer, y procurando tomar el tono y lenguaje de señora, dijo : Perdona, sobrino, porque estaba soñando con un bribon de criado que tenia llamado Picard : ¿ le conociste ? le despedí, porque era un borracho. — ¡ Picard un borracho ! Sed mas moderada en vuestras expresiones.

La vieja reparó el fatal estado de su compañero, y temia que cometiese alguna necedad : cortó la conversacion, y subieron todos al coche, donde á breve rato los dos impostores se entregaron á un sueño profundo. Segunda vez se halló Cecilia en libertad de hablar en voz baja con su amiga. Sin conocer á fondo el misterio, estaba enteramente desengañada en cuanto á Valvil y su tia : ademas de esto nunca podria vivir con un hombre tan despreciable : por tanto, se resolvió á permanecer con ellos únicamente hasta que pudiese hallar una ocasion favorable para huir con Laura, la cual tan asustada como Cecilia, consintió en todo.

Pasóse el dia sin que Valvil y su tia pidiesen de comer, ni aun les ocurriese el ofrecérselo á sus compañeras. Por la noche se detuvieron en una venta, donde los dos impostores pensaron seriamente en el objeto de su viaje, conociendo que Cecilia se habia persuadido del engaño que con ella se usaba. Despues de haber caminado seis dias, en que tanto la vieja como Picard usaron de algunas atenciones con Cecilia y su compañera, al llegar al frente de una fonda situada en la division de varios caminos, dijo Picard á la vieja : Querida tia, ya es tarde : si os parece, podemos pasar aquí la noche, y mañana, madrugando, llegaremos á la hora del almuerzo á vuestro castillo. Consintió la tia, se apearon y pidieron un cuarto para cada individuo. Se acostaron, y Cecilia, que no podia dormir, angustiada por el remordimiento de su disparatada resolucion, creyó oír que por debajo de la puerta de su estancia introducian un papel : á poco rato advirtió la marcha precipitada de un coche, exhaló un suspiro involuntario, con el que pareció dilatarse su corazon, y se quedó dormida. No bien amane-

ció, ansiosa de averiguar si efectivamente era cierto lo que presumia, se levantó, y recogió un papel, cuyo contenido era el siguiente :

« Á Dios, desgraciada jóven : aquí es donde os debo abandonar :  
» estáis perdida por haberos dejado robar, y mucho mas fiándoos  
» de gentes desconocidas. No soy Valvil, como habéis creído ; ni  
» la que me acompaña es mi tia, sino una mujer de mala vida,  
» que tambien se concertó para perderos. »

Ya ve Cecilia realizadas sus sospechas : ya ha comenzado el castigo de su credulidad : ya está perdida. Corre á llamar á Laura que aun dormia, y miéntras esta se viste, vuélvese Cecilia á su cuarto ; pero tropieza con una carta que está inmediata á la puerta : la coge y lee lo que sigue :

« ¡ Muy bien, Picard ! veo por la tuya, que mi hermana, mi  
» crédula hermana, se ha figurado que eres el bello Valvil. Qué  
» idea tan feliz la mia, de enamorar á mi hermana bajo un nom-  
» bre supuesto, entregártela y alejarla para siempre de mi pa-  
» dre..... Tampoco yo he estado de mas : mi padre deshereda á  
» Cecilia, y me deja todos sus bienes... Abandona á esa necia lo  
» mas léjos posible, y ven á recibir el premio debido á tan fiel  
» criado : entre tanto, morirá el buen viejo porque ya está muy  
» decaído, y quedaré dueño de todo, pues esa tonta sin recursos  
» y cubierta de oprobio no podrá presentarse en ninguna parte.  
» Ven pronto, repito, porque yo he supuesto aquí que habias ido  
» á pasar quince dias en tu tierra. Quema esta carta. »

Cecilia no dudó un momento que esta carta era mia : la leyó repetidas veces y no podia dar crédito á sus ojos. Informó de todo á Laura y ambas dieron gracias al cielo que las proporcionaba un documento con que justificarse ante un padre irritado... ¿ Pero de qué modo habia de valerse para llegar á postrarse á los piés del anciano, sola y privada de toda clase de recurso ?

En la fonda en que se hallaban no se hablaba de otra cosa que de tan extraño suceso : casualmente habia en ella un comerciante de Paris que regresaba á esta ciudad y con objeto de informarse de la verdad del hecho fué al cuarto de mi hermana, la preguntó y ella con toda franqueza le refirió lo ocurrido : quiso saber el apellido y quedó asombrado cuando oyó que era hija de un consocio

y amigo íntimo suyo. — Yo os presentaré, la dijo, á ese engañado padre; seréis rehabilitada en su cariño, y vuestro indigno hermano sufrirá el castigo que merece.

Habian trascurrido algunos dias y mi padre se hallaba convaleciente de su enfermedad... una noche al volver de una orgía pasé á abrazarle y vi que me recibia con frialdad. — ¿Has tenido noticia de mi hija? — ¿De mi hermana? — Sí, ¿qué sabes de ella? — Señor, no sé qué pensar... ese aspecto..... Nunca os he visto de ese modo. — ¡Porque me tenias muy engañado! Y tu criado ¿cuándo vuelve de su tierra? — Eso él lo sabrá. — Y yo tambien, pues me lo ha confesado todo. — ¡Confesado! Señor no os entiendo. Entónces sale Picard pálido, desfigurado y me dice: Señor, lo he confesado todo, porque vuestro padre nada ignoraba.

Todavía traté de negar; pero mi padre, enfurecido, exclamó: Sal, hija mia, y confunde á este infame con tu presencia.

Ábrese entónces una puerta y aparece mi hermana conducida por un hombre respetable, se postra á los piés de mi padre y le suplica me perdone... mi padre me manda alejar de su presencia y yo huí de la casa paterna para no volver mas á ella. Anduve de ciudad en ciudad, de país en país, solo y pobre, dedicado á diferentes profesiones, hasta pasados mas de diez años que volví á Paris y supe que mi padre habia fallecido revocando ántes su testamento, instituyendo por única heredera á Cecilia, á la cual habia casado con un hijo de su amigo que la habia salvado, en cuya compañía era dichosa. Fui á verla y me recibió con cariño colmándome de beneficios, pero no pudiendo resistir su presencia volví á ausentarme y me dediqué á este oficio en que me veis.

No en vano he oido vuestra historia, dijo Palemon: justamente aquí hay un señorito que procede mal con su hermana; quiero que se quede en vuestra compañía y aprenda vuestro oficio. Los hermanos quisieron interceder por Benito; Adela se arrojó á los piés de su padre, pero nada consiguieron, ántes bien esta última supo que tambien para ella habia castigo preparado. Todos estaban tristes ménos Benito que con afectada resolucion exclamó: — Al cabo esto no es deshonor. — No, ¿hé? pues bien, estaréis aquí ocho dias que es doble del tiempo que tenia pensado que permanecieseis. — Aunque sean quince estaré, padre mio. — Como gustéis, caballero, pero sobre todo, dijo al carbonero, que trabaje, ya que tan buenos deseos manifiesta.

Benito se quedó en la carbonera y los demas con su padre se retiraron tristemente á su casa, considerando la justicia del castigo de Benito, y cómo él mismo lo habia cuadruplicado por sus soberbias contestaciones.